

algar

COLECCIÓN  
CALCETÍN

# El día que Gluck llegó a la Tierra

Jordi  
Sierra i  
Fabra



## Capítulo 1

### Declarando en comisaría

—¿Estás tranquilo?

—Sí, sí, señor.

—¿De verdad?

—Claro.

—Podríamos empezar, pero hay que esperar a tus padres.

—¿Es necesario?

—Sí. Ya les hemos avisado. De todas formas podemos charlar tranquilamente. Esto no es un interrogatorio, solo una declaración, ¿comprendes la diferencia?

—Sí —miró la puerta con tristeza—. Me gustaría irme a casa.

–Todo acabará en unos minutos.

–Bueno.

El hombre tomó asiento delante de él. Los otros dos se quedaron de pie; uno, el más alto, con los brazos cruzados sobre el pecho y apoyado en la pared, y el otro, el más bajo, con las manos en los bolsillos.

El silencio fue breve.

–Menudo susto, ¿eh? –retomó la palabra el que llevaba la voz cantante.

–Sí.

–Seguro que algo así solo lo veías en las películas.

–Más o menos.

–Si nosotros te contáramos con lo que nos encontramos cada día... ¿Verdad, chicos?

–Sí –dijo el alto.

–Sí –dijo el bajo.

–Lo que pasa es que eres el único testigo y eso...

–Ya.

–Poco podías imaginarte hoy que serías el protagonista del día.

Steve no supo qué decir.

–Porque has tenido un día normal, ¿no?

–Sí.

–Colegio, amigos y todo eso.

–Sí –carraspeó.

–¿Quieres beber agua?

–Bueno.

–Charlie, trae agua para el chico.

–Sí, inspector –se puso en movimiento el bajo lanzándole una mirada de disgusto al alto.

La puerta se cerró tras él.

–¿Me lo cuentas y vamos charlando? –chasqueó la lengua el inspector.

–Bueno.

–Entonces, adelante. Y recuerda que eres un testigo y nada más que un testigo. Esto no es un interrogatorio ni es oficial. Pero si adelantamos... te irás antes a casa.

–Pues... –Steve se concentró asomándose al cine de su cerebro, recuperando las imágenes vertidas en la pantalla de sus recuerdos más inmediatos–. Yo iba a casa...

–¿Solo?

–Sí, solo.

–Un poco tarde, ¿no?

–Me había quedado a repasar unos temas con George, en su casa. Mis padres ya lo sabían.

–¿Dónde vive George?

–En Hilton Park.

–¿Y tú?

–En Cross Roark.

–¿No dabas un rodeo demasiado grande?

–Mis padres quieren que vaya por el centro, porque hay más luz. Si fuera en línea recta pasaría por zonas oscuras y... bueno, ya sabe.

–Sí, ya sé. Los padres siempre somos precavidos.

–Y que lo diga.

–Así que ibas caminando de regreso a casa.

No tuvo tiempo de responder. Se abrió de nuevo la puerta y por ella apareció Charlie con un vaso de plástico. Se lo dejó delante y recuperó su lugar en la escena.

Steve alargó la mano, lo tomó y dio dos pequeños sorbos.

–¿Mejor?

–Sí, sí, señor.

–Entonces... ¿por dónde iba? –recuperó el hilo de la conversación—. Ah, sí, tú estabas de regreso a casa.. ¿Fue entonces cuando viste a los ladrones?

–Vi el coche. Todavía no sabía que eran ladrones.

–Bien apreciado –asintió el inspector—. Lo hace bien, ¿no es cierto, chicos?

–Sí –dijo el alto.

–Sí –dijo el bajo.

Volvieron a mirarle los tres.

–Bueno, pues... Vi el coche, sí. Primero las luces, después el rugido del motor, y finalmente...

–¿Qué dirección seguían?

–Los tenía al frente. Venían de cara hacia mí.

–De acuerdo, continúa.

–Iba a mucha velocidad. Tanta que casi pensé que se me echaba encima –dijo Steve–. Hasta que, de pronto, a unos veinte metros, giraron a la derecha de golpe.

–¿Su derecha?

–Su derecha, sí. O sea, mi izquierda.

–Bien –asintió el inspector–. Venían del oeste, y a unos veinte metros de ti... golpe de volante y giraron.

–Sí, señor. Giraron, se subieron a la acera dando un salto contra el bordillo y se empotraron en el escaparate de la joyería.

–Tremendo, ¿a que sí?

–Hubo mucho ruido, los cristales y todo eso.

–¿Y no había nadie cerca?

–No, nadie.

–¿Ningún otro coche circulando?

–En ese momento no.

–¿Qué hiciste?

–¿Yo? Me quedé paralizado.

–Es natural, ¿verdad chicos?

–Sí –dijo el alto.

–Muy natural –le dio por variar al bajo.

–¿Ellos te vieron? –deslizó la nueva pregunta con la misma sutileza que las demás.

–Yo creo que no.

–¿Solo lo crees?

–Bueno, se empotraron contra ese escaparate. No creo que estuviesen muy pendientes de mí. Todo fue muy rápido.

–¿Y una vez empotrados...?

–Entonces salieron del coche, los tres, y se metieron en la joyería.

–¿Los viste bien?

–Sí, estaba en la otra acera, pero con suficiente luz. Empezaron a romper cristales, vitrinas, muebles...

–¿Y se llevaban las joyas?

–De todo. Lo metían en unas bolsas.

–¿Por qué no echaste a correr?

Steve dejó que la pregunta le llegara a lo más profundo de su cabeza.

–No lo sé –reconoció.

–Te quedaste allí quieto.

–Sí, señor.

–¿Paralizado?

–No lo sé – repitió.

–¿Tenías miedo?

–No sé exactamente qué sentía, señor –se encogió de hombros–. Lo que sí sé es que tenía los ojos muy abiertos.

–¿Por qué te acercaste?

–¿Yo?

–Cuando llegó la policía estabas en medio de la calle.

–Supongo que di unos pasos.

–¿Hacia ellos? –el hombre abrió las manos–. Eso indica valor, ¿no? En lugar de correr o quedarte donde estabas, te acercaste a esos tres ladrones. ¿Quizás para verlo mejor?

–Puede, no lo recuerdo.

–Inspector... –habló el más alto.

–¿Sí, Harry?

No dijo nada más. Solo la mirada.

A él y al chico.

El tono del inspector recuperó la normalidad, retomando la afabilidad del comienzo, cuando realmente hablaban sin que sonara a interrogatorio.

Después de todo los padres seguían sin llegar.

–¿Cuánto rato estuvieron en la joyería?

–Ni idea.

–¿Un minuto, dos, tres?



—A mí se me hizo muy largo entonces, aunque ahora... No sé, puede que fuera menos.

—Y una vez que lo hubieron robado todo o casi todo...

—Volvieron al coche, dieron marcha atrás haciendo rechinar las ruedas, giraron noventa grados a lo bestia, ahora sí como en las películas, y se pusieron de nuevo de cara al oeste, por donde habían venido.

—Rechinar las ruedas... A lo bestia... —el inspector asintió un par de veces—. Buena descripción, ¿verdad chicos?

Ya se habían cansado de decir que sí. Se limitaron a bajar y subir sus cabezas una vez.

—¿Y entonces? —el policía se inclinó sobre la mesa.

Sus ojos brillaban.

Los del testigo, por el contrario, perdieron parte de su intensidad.

El silencio se hizo extraño.

## Capítulo 2

### El extraño

—¿Chico?

—Steve. Me llamo Steve —le recordó él.

—De acuerdo, Steve. ¿Y entonces?

—Intentaron acelerar, haciendo esos para dominar el coche, y resbalaron sobre el suelo mojado.

—Resbalaron.

—Sí.

—Antes no has mencionado que el suelo estuviese mojado.

—Lo he recordado ahora.

—O sea, que intentaron acelerar pero hacían esos a causa del suelo.

—Sí.

–Y volcaron.

–No, no, señor. El coche patinó de lado y vino directo hacia donde yo estaba.

–¿Directo? –frunció el ceño el hombre.

–Pude ver al conductor intentando enderezarlo y también escuché a los del interior gritando.

–Fue cuando volcaron.

–No.

El inspector cruzó una mirada de duda con Charlie y Harry.

–Entonces, ¿cuándo volcaron, Steve?

–Después.

–¿Después de qué? No entiendo nada. Todo tuvo que ser muy rápido, porque estaban en plena huida, con la alarma ya dada. Si iban directos hacia ti, estuvieras en la calle o en la acera, ese coche tenía que parecer un tanque dispuesto a aplastarte.

Steve bajó los ojos.

Tenía las dos manos sobre la mesa, las palmas hacia abajo, el vaso de agua cerca de sus extremidades.

Su cara era un poema.

–¿Cuándo volcaron, Steve? –insistió el inspector.

El chico tragó saliva.

–Después de...

–Vamos, vamos, ¿después de qué?

Se encontró con la mirada del niño, en parte hostil, en parte temerosa, en parte inquieta...

Y su voz abrió un abismo al decir:

–No va a creerme.

Los tres hombres enderezaron sus espaldas. Harry dejó de apoyarse en la pared y dio un paso. Charlie se sentó en una esquina de la mesa. El inspector se llevó ambas manos a la altura de la barbilla y la apoyó en ellas.

–¿Por qué no habría de creerte? –preguntó el que llevaba la voz cantante.

–Porque no –dijo el chico.

–Tú prueba.

Steve miró la puerta.

Tan cerca, tan lejos.

Y sus padres sin aparecer.

Se resignó.

Fuere como fuere, estaba acorralado.

–Detrás de mí, a un par de metros, había un contenedor –susurró.

–¿De basura?

–Sí.

–¿Y qué tiene que ver...?

Los ojos de Steve volvieron a hundirse en los suyos. Ya no había hostilidad ni temor, pero se mantenía la inquietud.

–El coche me habría arrollado, señor –dijo–. De hecho, además de atropellarme, porque ya casi lo tenía encima, me habría empotrado contra el contenedor.

–¿Qué pasó entonces? –arqueó las cejas su interrogador.

Steve lo dijo.

–Del contenedor salió la luz blanca.

–¿Cómo dices?

–¿Lo ve? –hizo un gesto de fastidio.

–¿Dices que del contenedor salió... una luz blanca?

–Cegadora, sí.

–¿Y el coche...?

–Se levantó en el aire, a menos de un par de metros de mí, dio una vuelta sobre sí mismo, pasó por encima de mi cabeza y se estrelló unos metros más allá, tal y como lo encontró la policía al llegar.

Los tres hombres se quedaron en silencio.

Charlie y Harry, pendientes de su jefe.

Esta vez, el inspector no buscó su opinión.

–Es lo que pasó –dijo el chico–, pero ya le dije que no me creería.

–¿Me estás diciendo que una luz blanca que salía del contenedor de basura levantó un pesado

coche en el aire para evitar que te atropellara y lo mandó por encima de tu cabeza unos metros más allá? —quiso precisarlo el hombre.

—Sí, señor —dijo Steve.

El silencio se hizo más denso.

El chico bebió un par de sorbos de agua.

—¿Miraste en el contenedor?

—No hizo falta. Salió él mismo.

—¿Él?

—Sí.

—¿Quién?

—El extraño.

—Vamos, hijo —hizo un gesto de fastidio, súbitamente agotado—. Esto es pura rutina, solo estás aquí como testigo de un robo y un posterior accidente fatal. Nada del otro mundo. ¿Se puede saber de qué estás hablando?

Steve cerró los ojos.

—Era un poco más bajo que yo, de color verde, con antenitas...

—¿Iba disfrazado?

—No iba disfrazado —apretó las mandíbulas y los puños—. ¿Ve como no me cree?

—Espera, espera —el inspector levantó su mano derecha—. ¿Me estás diciendo que del contenedor salió un ser verde con antenitas?

–Y con dos ojos brillantes, redondos y amarillos, la piel oscura... Eso es lo que le digo, sí.

–¿Qué hacías en casa de tu amigo? –el hombre se echó para atrás.

–Estudiar, ya se lo he dicho.

–¿Has tomado drogas?

–¡No!

–¿Bebes?

–¡Tengo doce años! ¿Cómo voy a beber? ¡Ya le he dicho que no me creería! ¡El coche voló por el aire, como si la luz lo atrapara, y luego salió él!

–¿Qué hizo... él?

–Se puso delante de mí y me miró.

–Con sus dos ojos.

–Con sus dos ojos –bufó Steve.

–¿Te dijo algo?

–Me puso un aparato metálico en la frente, sentí un cosquilleo en la cabeza, debió de interpretar, traducir o aprender nuestro idioma porque entonces me habló.

–¿Qué clase de aparato?

–No lo sé, algo pequeño, le cabía en la mano. Llevaba una especie de mochila detrás, en la espalda. Movié el brazo derecho, como si fuera de goma y no tuviera articulaciones, la abrió y lo sacó.

–Tenía dos brazos.

–Sí.

–Y tras ponerte el aparato en la frente, ya te habló como si tal cosa en nuestro idioma.

–Sí.

–¿Qué te dijo?

–Hola, Steve.

El inspector pareció hartarse de la escena. Volvió a mirar a Charlie y Harry con cara de hastío. Probablemente él también quería irse a su casa.

–Mi hijo es igual –suspiró.

Sus dos subalternos no abrieron la boca.

–Quiero irme –dijo Steve.

–¿Te gustan las novelitas de ciencia ficción?

–¿Y eso qué tiene que ver?

La puerta se abrió en ese momento y por el hueco apareció la cabeza de una mujer de uniforme.

–Señor, han llegado los padres del chico.

–Voy. –El inspector se puso en pie agradeciendo la interrupción y hundió en Steve su última y más acerada mirada–. Esos tres ladrones están en el hospital, graves. Puede que alguno no salga de esta. Ahora mismo no pueden hablar. Mira... –hizo una pausa para ordenar sus ideas–. Los hemos pillado y hemos recuperado lo robado, así que todos felices salvo ellos. No tienes por qué mentir ni inventarte historias, ¿vale?



–¡Yo no miento! –le lanzó una mirada furiosa.

–No es Halloween, nadie va disfrazado estos días.

–¡No iba disfrazado, y el rayo fue real! ¿Cómo si no ese coche fue a parar donde fue a parar?

Se produjo un silencio incómodo.

–¿Dónde está nuestro marciano ahora?

–¡No lo sé! ¡Me dijo «Hola, Steve» y antes de que pudiera seguir oímos la sirena del coche de policía! ¡Entonces se fue corriendo, desapareció en la oscuridad!

–Menos mal que no tenía alas, porque si tenía dos brazos está claro que también tenía dos piernas –movió la cabeza de lado a lado el inspector.

Casi volvió a paralizarle el tono enfadado y duro del chico.

Grave.

–No tenía dos piernas, señor. Tenía tres.